



© Mariano Martín Rodríguez

Dioses como demonios en dos leyendas hispánicas inventadas

*INTRODUCCIÓN, EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DE
MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ*

Los dioses paganos de prácticamente todas las culturas tienen un comportamiento semejante al humano, con sus luces y sus sombras, con sus acciones benéficas o maléficas y morales o inmorales según la perspectiva de cada época y de cada individuo. El propio Yavé del primitivo paganismo henoteísta hebreo se comporta muy humanamente en los pasajes de carácter más mítico del libro bíblico del *Génesis*, desde la creación y sus posteriores paseos por el jardín del Edén hasta su cólera causante del diluvio universal a causa de la desobediencia de los hombres. Más adelante, se jacta de proteger a su pueblo frente a los dioses de otras naciones, aunque estos últimos se nos antojan a menudo mucho más poderosos, a juzgar por las

catastróficas derrotas que sufrieron los hebreos a manos de los adoradores de Asur o Marduk... Cuando el paganismo hebreo evolucionó hacia el monoteísmo judío y sus derivaciones cristiana y musulmana, el Dios nacional se mutó en Dios de todos y de todo, lo que planteaba el problema de qué hacer con los demás dioses nacionales, por ejemplo, los griegos adaptados por Roma y que constituían los objetos predominantes de adoración entre los llamados gentiles que constituían la inmensa mayoría de los habitantes de aquel imperio en que vivían numerosos judíos y cristianos. Para anularlos, los cristianos los convirtieron en demonios, esto es, en los seres íntegramente malvados y maléficos que se oponían al íntegramente

bondadoso Dios y a sus auxiliares angélicos, igualmente bondadosos. El propio dios Pan prestó su aspecto físico a las representaciones físicas de los demonios. Esta identificación entre los dioses paganos y los demonios o diablos se mantuvo durante siglos. Incluso en la época del Renacimiento humanista, cuando el paganismo recobró un alto prestigio cultural, no faltaron los misioneros en las Indias occidentales que, como el jesuita José de Acosta (1540-1600), siguieron identificando con el demonio a las deidades paganas de los pueblos que allí vivían antes de la llegada de los europeos y la subsiguiente conversión más o menos forzada al cristianismo de aquellos.

La progresiva secularización de Europa y América y el descubrimiento de paganismos tan poderosos demográficamente y culturalmente como los de la India o China a partir de mediados del siglo XVIII hizo que la demonización del paganismo dejara de convenir. Al contrario, los nacionalismos étnicos tendieron a revalorizar sus propios paganismos antiguos frente al universalismo uniformizador de las religiones judaicas, y de ahí la publicación de las antiguas leyendas paganas célticas o germánicas, y el empleo con propósitos tanto artísticos como nacionales de su materia por numerosos escritores desde el siglo XIX hasta hoy. Otros inventaron sus propias materias paganas antiguas, cuando estas no estaban documentadas por escrito o por la tradición oral, invención que cabe considerar uno de los motores que impulsaron la fantasía épica como género.

En la península ibérica hubo versiones modernas de las materias paganas conocidas por textos más o menos antiguos (por ejemplo, la materia de Hesperia en torno a las hazañas hispánicas de Heracles/Hércules y la de Cantabria en torno a Lelo y Lekobide, personajes extraídos de un poema cántabro

apócrifo escrito en el siglo XVI), y también hubo autores que acertaron a crear su propia materia pagana legendaria. El más conocido de ellos es Miquel Costa i Llobera (1854-1922), cuyo poema narrativo ambientado entre los balears de los tiempos de Homero y titulado «La deixa del geni grec» [*El legado del genio griego*] (1902; *Tradicions i fantasies* [Tradiciones y fantasías], 1903) tuvo mercedamente tal éxito que Miquel Forteza Pinya (1888-1969) lo adaptó en 1947 a libreto de ópera con el título de *Nuredduna*, la ya legendaria protagonista del poema. Algo menos de fortuna posterior tuvo la «leyenda dramática original» de José Zahonero (1853-1931) titulada «La mujer muerta» (*Cuentecillos al aire*, 1898). Este relato es una leyenda etiológica inventada por el autor, tal y como indica la palabra «original» en su subtítulo, para explicar míticamente la forma particular de mujer tendida que pueden adoptar, vistas desde lejos y con no poca imaginación, ciertas montañas de la sierra del Guadarrama, en la provincia de Segovia. Zahonero atribuyó su origen no a Hércules, como es costumbre en las historias tradicionales de fundación de ciudades y monumentos en la península ibérica, sino a un crimen cometido en los tiempos fabulosos de los arévacos. Este nombre corresponde a uno real de una tribu protohistórica, pero los arévacos de Zahonero no pueden identificarse sin más con aquellos, ya que al autor inventó todo el tenor de su civilización, con su onomástica inventada, su religión pagana propia y su organización sociopolítica, centrada en una oposición encarnada en dos hermanos, un guerrero y una sacerdotisa que se enfrentan dialécticamente por el predominio en la tribu. El varón acabará asesinando a su hermana, pero tal crimen es castigado por los dioses mediante una metamorfosis que los convierte, respectivamente, en torrente y en las montañas luego llamadas de la Mujer Muerta. Así acaban

resolviendo también el problema político planteado, pues esas montañas se levantan sobre el terreno del antiguo valle de los arévacos de Zahonero, los cuales desaparecen así de la (proto)historia, asegurando así la categoría de mundo secundario cerrado integral del espacio y el tiempo de esta leyenda.

Este cuento dramático de Zahonero, cuya hermosa escritura lo haría merecedor de mayor estimación crítica, no quedó ignorado, pues su esquema argumental lo adoptó el sacerdote católico Gabriel María Vergara Martín (1869-1948) para escribir su propia versión de «La mujer muerta», que abre sus *Tradiciones segovianas* (1910)¹. Allí omitió reconocer su deuda con Zahonero, e incluso quiso hacer pasar la invención de este por «la explicación que da el pueblo segoviano para justificar la formación de aquella parte de la próxima sierra que ellos llaman *La mujer muerta*». Sin embargo, introdujo novedades suficientes como para que podamos apreciarla como obra original. Entre otras cosas, prescindió de la referencia pseudohistórica al transferir la historia a unos tiempos míticos de los inicios de la humanidad en la Tierra, en unas tierras que se describen en términos paradisiacos, sobre las que se alzaban cabañas donde las familias vivían con patriarcal sencillez y los amores de mozos y mozas eran pastorales idilios. Por desgracia, hubo de intervenir el diablo y suscitar pasión de celos a uno de ellos, quien cometió el crimen pasional que dio alas a aquel para volver a intervenir y conducir a la ruina a la comunidad entera, entregada a una espiral de venganza. Entonces intervino el «genio superior autor de todo lo creado» con el mismo resultado geológico que en la leyenda de Zahonero.

Vergara Martín no se atrevió a llamar por su nombre al Dios único de su religión cristiana, de modo que preservó inadvertidamente la verosimilitud de su mundo secundario como

tal, pero es indudable que ese es el «Aquel» al que alude. Más clara aún es la identificación del antagonista con el diablo del cristianismo. En consecuencia, su mundo ficticio está filtrado por la cosmovisión tradicional(ista) que hacía equivaler paganismo con satanismo. Tal vez no cabía esperar otra cosa de un autor clerical, pues también Costa i Llobera, que era también sacerdote católico, introduce contenidos cristianos en su leyenda, aunque estos son de carácter angélico en vez de demoníaco. Ambas leyendas responden, pues, a cierta cristianización de la materia pagana que se puede observar también, aunque en menor medida, en las leyendas de Hesperia compiladas por Jacint Verdaguer en su epopeya *L'Espanya naixent [La España naciente]* (escrita en 1868 y publicada entera por primera vez en este mismo número de *Hélice*). A esta cristianización clerical había precedido una rara e ignorada cristianización anticlerical realizada por una pareja de escritores románticos liberales de lengua francesa, pero muy ligados a España.

Según sus biografías, que hemos conocido gracias a páginas de internet que consideramos dignas de fe, Manuel de Cuendias (1800-1881) era un liberal exaltado que hubo de exiliarse en Francia. Allí conoció a Victorine Germillon, nacida en 1810 y llamada Madame de Suberwick tras su matrimonio. De ella no se sabe gran cosa, fuera de su actividad literaria, cuyos frutos más conocidos fueron en colaboración con Cuendias, con quien conviviría también durante largos años, sin que se sepa si le sobrevivió o no, pues no se conoce la fecha de su fallecimiento. En su producción con Cuendias, Madame de Suberwick prefirió firmar con el seudónimo masculino de Victor de Féréal, que se hizo célebre gracias a la novela folletinesca y anticlerical de 1845 *Mystères de l'Inquisition et autres sociétés secrètes d'Espagne*, con introducción y notas históricas

¹ El texto que sigue reproduce el de la primera edición: Gabriel M.^a Vergara Martín, «La mujer muerta», *Leyendas segovianas*, Madrid, Victoriano Suárez, 1910, pp. 9-15.

de Cuendias. Esta obra tuvo un enorme éxito y se tradujo a numerosas lenguas, e incluso al castellano en 1850 con el título de *Misterios de la inquisición de España*. La airada censura eclesiástica contra esta novela, con prohibición y excomunión incluidas, debió de disuadir a los editores españoles de tentar la suerte con la traducción de su libro *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Mœurs, usages et coutumes* [España pintoresca, artística y monumental. Hábitos, usos y costumbres], cuyo pie de imprenta indica que se publicó en 1848, aunque existe una traducción alemana de 1847 que hace pensar que el original francés es más bien de ese mismo año. En este libro no solo presentaron una España pintoresca desde la perspectiva crítica y regeneracionista propia de un liberal español como Cuendias, en vez de la España exótica de otros viajeros románticos europeos. También siguieron la costumbre de estos de intercalar leyendas de algunos de los lugares visitados, unas tradicionales y otras inventadas. Entre estas últimas se cuenta una especialmente innovadora, ya que subcrea uno de los primeros mundos secundarios afines a los de la fantasía épica, entonces naciente. Con ocasión de su descripción del Patio de los Naranjos de la Mezquita-Catedral de Córdoba, piden a los lectores que escuchen «l'histoire du grand palmier» [*Historia de la gran palmera*]², aunque la historia que cuentan es en realidad la leyenda etiológica de una de las fuentes allí situadas. Su origen lo hacen remontar a una antiquísima civilización local tecnológicamente primitiva, pues la gente vive en cabañas, pero lo suficientemente avanzada como para sostener a un nutrido clero pagano, el cual goza de las prerrogativas que le concede la adoración del pueblo. En un momento dado, la historia se acelera al desear uno de los sacerdotes alzarse con más poder mediante una reforma religiosa

por él encabezada. La consecuencia es un cisma y el exilio a una tierra inhóspita a orillas del Guadalquivir. Allí conseguirán establecerse y prosperar gracias al milagro de un manantial que el sacerdote hace brotar mágicamente con la ayuda de un batracio, lo que explica el origen de la fuente cordobesa que otros atribuyeron al ingenio musulmán.

La narración entera está contada no desde la perspectiva pagana del período de que se trata, sino anacrónicamente como producto todo de sugestión diabólica, según el trato infringido a los dioses paganos por los misioneros de las religiones judaicas expansivas. No obstante, estamos muy lejos del clericalismo de un Vergara Martín, pues la leyenda entera no es sino una cruel sátira de la religión, la cual solo es el método adoptado por los sacerdotes para engañar a los crédulos miembros laicos de la tribu y hacerse así con riquezas, prestigio y poder, sin que haya en ello diferencia esencial alguna entre clérigos paganos y cristianos o musulmanes, como indica el hecho de que llamen «morabitos» a los sacerdotes de la civilización inventada. A ese propósito de crítica antirreligiosa se supedita todo el contenido de la leyenda, quedando en segundo plano la descripción específica de las costumbres de aquella sociedad: apenas se dice que el equivalente del bautismo era la perforación de la nariz de los niños... Esto limita el valor de la leyenda como posible muestra temprana de la fantasía épica, pero no impedirá apreciar su originalidad, incluso en el marco de la literatura anticlerical entonces y después tan potente en España. Es en esta clase literatura en la que se inscribe esta leyenda, pero lo hace con un humor que se echa generalmente en falta en la ficción anticlerical al uso, en la que también es excepcional el género de fantasía especulativa así practicado por Cuendias y Féréal.

² La traducción que sigue se basa en la primera edición: *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Mœurs, usages et coutumes* par MM. Manuel de Cuendias et V. de Féréal, illustrations par Célestin Nanteuil, Paris, Librairie Ethnographique, 1848, pp. 328-331.

MANUEL DE CUENDIAS & VÍCTOR DE FÉRÉAL

Historia de la gran palmera

En la época en que España era un país salvaje, ya hace mucho tiempo, sacerdotes paganos moraban en chozas plantadas aquí y allá a lo largo del Guadalquivir. En el sitio que ocupa hoy Córdoba pacían grandes rebaños de vacas y ovejas, que proporcionaban a esos sacerdotes leche, lana y cuero. Bebían la leche, trocaban la lana por los libros de la ciencia oculta de los egipcios que traían cada año mercaderes armenios y con el cuero de los animales se fabricaban prendas de vestir... Mientras estuvieron solos, como no había nadie a quien explotar, convertir y enredar, estos sacerdotes paganos, que sin duda adoraban al diablo, o peor aún; estos sacerdotes, decimos, vivieron en paz, como hermanos, sin murmurar demasiado del prójimo y sin odiarse demasiado unos a otros, pero esos tiempos de ventura y fraternidad duraron poco. El enemigo de los hombres, que temía sin duda que Dios no acabara tarde o temprano por derramar sobre ellos la luz de la verdadera fe, envió a su país

una banda de fenicios, los cuales, tras haber recorrido las costas del Mediterráneo y del océano, vinieron a afincarse a las orillas del Guadalquivir, justamente al lado de las chozas de los sacerdotes del infierno. Entonces empezó entre estos una rivalidad de celo y caridad hacia los recién llegados que, durante cierto tiempo, fue beneficiosa para todos, porque los sacerdotes no tuvieron que ocuparse más de sus rebaños y los recién llegados pudieron vivir y morir, tanto ellos como sus hijos, con toda la seguridad de ir al paraíso, esto es, al infierno, pero esto no era culpa suya: los sacerdotes les decían que el infierno era el paraíso.

La población aumentó poco a poco, gracias a los sacerdotes paganos. Los habitantes del país tuvieron esposas legítimas y niños regularizados, todo ello mediante algunos quintales de lana y los mejores cueros, sin contar los montones de patacas y los almudes de maíz, que cada uno tenía por costumbre entregar a su sacerdote familiar... Por desgracia, los cueros y

las mazorcas de maíz acabaron finalmente por hacer nacer la ambición en el alma de esa especie de morabitos, y pronto todas las patacas y todo el maíz que la población entregaba cada año a la banda de gandules que la engañaba fueron acaparados por los más listos de los morabitos. Los más puros, los más leales, aquellos que creían de buena fe en las cosas absurdas que enseñaban, se convirtieron en esclavos de los más bribones... Siempre ocurre así en la especie humana.

Nada abate más fácilmente el alma que pensamientos sin objeto y una existencia ociosa y, como ninguno de los sacerdotes paganos de las riberas del Guadalquivir tenía familia ni ocupaciones, pronto se convirtieron en los instrumentos pasivos de la voluntad de algunos que, más enérgicos y con todo más ambiciosos, los explotaron en su beneficio. Los débiles se plegaron ante los más hábiles y sinvergüenzas. Uno solo, sin embargo, que no era mejor que estos últimos, sino más ambicioso aún y más atrevido, no se limitó a esa comunidad de explotación y rapiña. No contento con compartir con los *lobos*, decidió estrangularlos; no contento con casar a la gente según el rito de aquella época y de perforar la nariz a los recién nacidos, que era lo que entonces representaba el bautismo; no contento, decimos, con vivir como lo hace en nuestros días un obispo primado o un legado del papa, nuestro pagano quiso ser gran sacrificador y, como recompensa de este cargo, exigió una décima parte de todas las cosechas. Se le denegó; se enfadó, se enfurruñó; luego fingió ablandarse; luego, finalmente, se puso a predicar una doctrina suya, llena de astucia e hipocresía... Esta conducta le atrajo un gran número de admiradores.

De admirar a un bribón a dejarse engañar por él no hay más que un paso. Los engañados por el morabito innovador fueron muy numerosos...

Un día, las mujeres buscaron a sus maridos, los maridos a sus mujeres, los padres a los hijos y los hijos se creyeron huérfanos, ¡todo estaba sin pies ni cabeza! El morabito predicador había desaparecido y, con él, un buen tercio de la población de las chozas situadas a las orillas del Guadalquivir... Al cabo de un tiempo, se descubrió que el reformador había ido a afincarse allí donde está ahora el jardín de la mezquita de Córdoba, que entonces no era sino un campo lleno de maleza y serpientes. Todas las personas a las que se buscaba en vano lo habían seguido. El morabito estaba instalado al pie de una gran palmera silvestre, plantada en el mismo sitio en que estamos en este momento. Los moros lo cultivaron después con esmero. Los cristianos lo arrancaron hace ya mucho tiempo con todos sus retoños, creyendo así hacer una obra piadosa y meritoria al destruir este recuerdo de una época de error e idolatría.

«No solo de pan vive el hombre, sino de la Palabra de Dios» dijo un día Jesús a Satanás, que intentaba tentarlo. Las personas que siguieron al morabito no tenían ni pan ni más palabras que las que Belcebú profería por boca del sacerdote rebelde. No tenían ni hierba para alimentar sus rebaños, ni agua para abrevarlos, de manera que las más buenas gentes acabaron por fastidiarse y hablaron de marcharse y abandonar a su nuevo legislador... Pero este último tenía demasiado ingenio como para dejarlos ir. Ya al día siguiente se levantó antes del alba, se tumbó panza abajo y se puso a rezar al diablo, su protector. Una banda de ranas empezó casi de inmediato a brincar en derredor. Presidía estas ranas un gran sapo. El morabito se levantó, cogió en la mano el sapo y fue a sentarse bajo la palmera.

Nadie sabe lo que el morabito hizo con el sapo. La crónica solo asegura que en la tarde de ese mismo día chorreaba el agua por todas partes con tanta abundancia que todos temieron una inundación. Entonces los

campos se volvieron fértiles y los habitantes de las riberas del Guadalquivir abandonaron las chozas en que residían para ir a afincarse en aquellos parajes. Y el morabito predicador a quien se atribuía este milagro fue nombrado gran sacrificador por sus propios enemigos, los demás morabitos, quienes, viéndolo más fuerte que ellos, se sometieron voluntariamente a su dominación...

Se supo mucho tiempo después de la muerte del morabito predicador que el sapo no era otro sino el diablo, su patrón, con quien había hecho un pacto por el que entregaba su alma a Satanás por un poco de agua, pero como el morabito

era muy fuerte en Derecho, impuso al demonio la obligación de hacer manar esa agua durante todo el tiempo que él, el gran sacrificador de la gran palmera, como se hacía llamar, estaría en el infierno. Esa es la razón por la que el agua mana siempre. Si hay una cisterna debajo, como se afirma, no puede ser, amigo lector, sino obra de los moros hecha por esos infieles para completar la del infierno. Por fortuna, desde el reino del morabito, su dominio se ha trocado en jardín, la mezquita morisca en templo cristiano y esta agua, muy dañina al principio, se ha convertido en una preciosa panacea para curar todas las enfermedades...

GABRIEL MARÍA VERGARA MARTÍN

La mujer muerta

Éranse los comienzos de los tiempos en que los hombres vivían sobre la tierra, y por aquel entonces no existían las nevadas cumbres del Guadarrama, ni los demás montes que altivos se extienden por toda la comarca; en su lugar había fértiles praderas tapizadas de finísima hierba, entre la que crecían lindas florecillas que contribuían a que pareciera el ancho valle un delicado esmalte.

Múltiples arroyos de cristalinas aguas serpenteaban jugueteando a través de los bosques, yendo a terminar tranquilamente en las pintorescas orillas del cercano río, y era tanta la lozanía con que la espléndida Naturaleza se manifestaba en esta dichosa región que parecía que el sol al contemplarla dejaba ver entre sus labios una sonrisa de satisfacción, como si quisiese expresar el gozo que sentía, porque su benéfico influjo era la causa de la alegría que reinaba en aquel paisaje encantador.

En el lugar que hoy está asentada la antiquísima ciudad de Segovia había en aquellas

remotas edades una cabaña en la que vivía patriarcalmente una familia, de la que formaba parte una joven rubia como el oro, que pasaba el día hilando mientras sus padres y hermanos se dedicaban a apacentar sus rebaños en los abundantes prados que se extendían por el contorno. Todo era paz y bienestar entre aquellas sencillas gentes que, teniendo pocas necesidades que atender, estaban contentas con lo que su suerte les había proporcionado.

Pero el diablo, que todo lo enreda, no tardó en fijar sus reales entre aquellos dichosos moradores del valle, dispuesto a hacer alguna de las suyas, y por cierto que supo aprovechar la ocasión a las mil maravillas. En efecto, era la joven adorada con frenesí por uno de los pastores más gallardos, cuyos ganados tenían fama de ser los que estaban mejor atendidos entre todos los de la comarca. La joven correspondía al amor que le inspiraba aquel pastor, que se consideraba el hombre más feliz de la tierra. El tiempo transcurrió alegremente

para ellos y ningún disgusto había turbado hasta entonces sus sencillas pláticas amorosas, dedicadas a trazar venturosos planes para el porvenir.

Mas llegó un día en que el amante notó con gran sorpresa que otro pastor de las cercanías rondaba con demasiada frecuencia la cabaña de la rubia del valle, y como los celos dan a todo extraordinarias proporciones, el enamorado pastor creyó ver en él un rival afortunado, y aprovechando un momento en que le encontró próximo a la cabaña donde vivía su amada, ciego por la ira que le producía la idea de creerse postergado por otro que no reunía las cualidades que habían hecho que fuera el preferido entre todos los de aquella región, se arrojó sobre él como una fiera, y sin darle tiempo para defenderse, de un tremendo garrotazo le hizo caer en tierra, donde expiró a los pocos instantes dando terribles alaridos. La joven de los cabellos de oro, al oír aquellos lamentos, salió precipitadamente de la cabaña y al ver muerto al infeliz rondador, lanzó un ¡ay! angustioso que repitió el eco a gran distancia.

El celoso amante creyó encontrar en aquella exclamación la prueba del sentimiento que le producía la muerte de su rival, y figurándose que era una realidad lo que solo tuvo existencia en su exaltada imaginación, con el mismo garrote que mató al desgraciado mozo, descargó tan fuerte golpe sobre la hermosa doncella que cayó sin vida, próxima al sitio donde yacía el cadáver del pastor infortunado.

La familia de la joven y la del pastor que murieron víctimas de los celos del furibundo mozo quisieron vengarlos y se unieron para castigar aquel doble asesinato. Era costumbre en aquel tiempo que cada agrupación fuese responsable de los actos realizados por sus individuos; y puestas de acuerdo las dos familias, declararon la guerra a la del matador, y provistos

unos y otros de toda clase de instrumentos ofensivos y defensivos, emprendieron una lucha tan tenaz que ninguno de los bandos alcanzaba ventajas sobre su contrario y se iban exterminando mutuamente sin que ninguno quedase vencedor.

Un día en que estaban en lo más recio de la pelea no se cuidaban de la aterradora tempestad que se cernía por momentos sobre sus cabezas, y tan ciegos se hallaban que no veían el rayo que surcaba entre las nubes, ni oían el trueno que repercutía en lo más lejano de la comarca, cuando de repente cesó la tormenta y en lo más alto del cielo se oyó una voz sobrenatural que con tono severo decía:

—¡Miserables, sois unos réprobos que os dejáis dominar por vuestras pasiones; solo ella era inocente: todos desapareceréis sin que quede memoria de vuestra existencia, y ella tendrá una tumba que durará tanto como el mundo, sin que haya otra que la iguale!

Al concluir estas palabras, por mandato de Aquel genio superior autor de todo lo creado, sufrió la tierra una conmoción tan intensa que todo cambió en ella su modo de ser. En el lugar que se encontraba la llanura se alzó hasta las nubes colosal mole de granito, tomando la figura de una mujer muerta, y debajo de la montaña quedaron sepultados los combatientes.

Tal es la explicación que da el pueblo segoviano para justificar la formación de aquella parte de la próxima sierra que ellos llaman *La mujer muerta*, que se distingue perfectamente desde el pintoresco camino que une a la ciudad con el Real Sitio de San Ildefonso.